

guiendo las huellas del carruaje, y volvía ya la esquina de la calle de Erfurth.

Ya estaba lejos de la prision militar de la calle de San Honorato. Los caballos de Berry Mentalt corrian como el viento. Pero la pasion sostenia las fuerzas de Vicente, que luchaba en rapidez con el carruaje.

Iba perdiendo la respiracion y un sudor frio brillaba en su frente.

Llamaba sin saberlo, lanzando desesperados gritos.

En el momento en que Dios le enviaba la libertad, iba á perder á Blanca para siempre.

El carruaje atravesó el puente real y siguió el canal de las Tullerías.

Vicente redoblaba sus esfuerzos, pero sentia agotarse su vigor.

Pudo aún seguir el carruaje toda la plaza de la Concordia y la calle de Gabriela; pero cuando llegó á la esquina de la avenida Marigny habia desaparecido.

Continuó por un momento su rápida carrera sin objeto ni idea, y despues se dejó caer sobre el frio suelo.

EL ENCUENTRO.

Roberto, Bibandier, Blas y Lola estaban reunidos en una sala de la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, donde hemos visto al antiguo bandido tomar del honrado Graff lecciones del habla germanica.

Blas y Bibandier estaban juntos á uno de los lados de la chimenea; aparentaban estar muy abatidos. El noble baron no pensaba aquella mañana en peinar su cabellera, y el señor conde de Monteiro no se cuidaba de hacer juegos de cartas.

Al otro extremo de la chimenea estaba sentada en una butaca la marquesa de Urgel, teniendo fijas

las miradas en el suelo. Tenia en la mano un poco de sales de que se servia con frecuencia.

Su rostro estaba muy pálido; toda su persona conservaba huellas visibles de la emocion que la habia agitado durante la noche.

Roberto estaba tambien pálido, tal vez mas que la marquesa, pero tenia la cabeza erguida y se leia en sus ojos una sombría resolucion.

Podrian ser las nueve de la mañana.

Nuestros cuatro compañeros acababan de tener una conversacion en que amargas recriminaciones se habian cruzado en todos sentidos.

El mas maltratado habia sido el pobre Bibandier, que no sabia cómo escusar su debilidad.

Sin él no hubieran vuelto nunca á inquietar á la asociacion las dos hijas del tio Juan.

Sin embargo, habia intentado protestar su inocencia; habia afirmado bajo juramento que Diana y Elena habian bajado al fondo del agua con una piedra al cuello la noche de San Luis.

Pero la evidencia le anonadaba.

Diana y Elena vivian.

—Escuchad, dijo al fin con la emocion de un culpable que confiesa un crimen; habia bebido tanta sidra aquella noche y luego comprendia que habian terminado mis miserias, porque haciéndome tomar parte en semejante golpe, me entregábais las llaves de vuestras arcas, y os creia tan ricos!

Cuando uno es feliz tiene naturalmente el corazon tierno; no quiero escusar el asunto, pero lo es-

plico. Al entrar en la barca no sé qué ideas se apoderaron de mí, pero es el caso que el gancho me temblaba en las manos.

Las dos estaban allí tan lindas, tan bellas!

Me dirigieron una mirada tierna y melancólica.

La barca se deslizaba por la corriente y oia el ruido de la Dama Blanca, que parecia llamar su presa. Sabeis las ideas que cruzan la imaginacion de un hombre en ese endiablado país! Yo soy algo poeta y temo bastante á los aparecidos.

Cuando era enterrador de la aldea de Glenac, ví mas de una vez por la ventana de mi cuarto á las Hijas de la Luna pasearse por debajo de los grandes árboles del cementerio.

Aquella noche á través del horrendo rumor de la Dama Blanca, oí tambien cantar á las Hijas de la Luna. Creedlo: lo juraria.

Llamaban á sus hermanas.

Yo hacia la señal de la cruz como un tonto y rezaba padres nuestros.

¡Ah, ah! hubiera querido veros allí.

Al llegar cerca de la Dama Blanca se me opri- mió el corazon y me faltó el valor. Desaté á las chiquillas, que consiguieron ganar á nado la orilla opuesta. Despues no sé mas.

El buen Bibandier calló, omitiendo el detalle de las cincuenta piezas de seis libras ofrecidas y aceptadas.

En el momento en que introducimos al lector en la fonda de las Cuatro Partes del Mundo, estaban

ya cambiadas todas estas esplicaciones. Roberto habia confesado sin muchas restricciones lo que habia pasado entre el nabab y él.

Para disculparse pretendia que Berry Montalt habia mezclado una droga embriagadora en el licor; pero esto no implicaba para el negocio.

Lo cierto era que habia contado al nabab los acontecimientos de Penhoel, y que el velo trasparente con que habia cubierto su historia podia muy bien ser desgarrado por las dos hijas del tio Juan, que un azar diabólico ponía á disposicion del nabab.

¿Por qué cadena de circunstancias habia tenido lugar esa estraña reunion? Eso es lo que nadie podia decirse aún.

Además, poco importaba.

Sabiase, en fin, para colmo de desgracia, que Blanca habia escapado de la vigilancia de Lola.

Los dos demonios de Penhoel, como en otra época llamaban á Elena y Diana, demostraban ya su presencia.

No era difícil adivinar que habian puesto á Blanca bajo la proteccion del nabab.

¿Y qué hacer entonces? La partida parecia comprometida de tal manera, que les ocurrió á todos la idea de huir.

Aun no era muy tarde, y suponiendo que Berry Montalt tomase bajo su proteccion los intereses de la familia de Penhoel, no habia tenido aún tiempo de dar parte á la policia; las puertas estaban abier-

tas, y una buena silla de posta con buenos caballos podia zanjar de una vez todas las dificultades.

Pero Roberto de Blois tenia una estraña naturaleza de bribon; no conocia la debilidad mas que en las horas de su apogeo. Cuando se embrollaban las cartas, cuando nacia las dificultades, aumentándose de pronto para impedirle el paso, despertaba; no era el mismo hombre; acudiale el valor, y el vulgar ratero se elevaba á la altura de los héroes mas valientes de los tribunales.

No queria huir; pretendia ver claros todos los peligros que oscurecian el horizonte; contentábase con el dinero guardado en el bolsillo, y se preparaba para recomenzar la partida.

¿En suma, qué habia? la probabilidad de un adversario mas: ¿qué podria decirse si este adversario se hacia un amigo en circunstancias dadas?

¿Era forzoso renunciar á toda esperanza? La lucha era posible, y al enemigo que no queria reconciliarse era necesario perderlo.

Al pronto parecia por demás formidable la liga del nabab con los Penhoel; ¿pero era acaso real?

¿Cuántas mujeres se habian estraviado en ese voluptuoso gabinete en que Blas y Bibandier habian visto á las hijas del tio Juan!

La marquesa de Urgel podia dar su opinion; allí no se entraba mas que una vez. Lola, tan bella y tan maestra en el arte de seducir, no habia podido nunca trasponer su dintel.

Habia en las fantasias amorosas del nabab un

elemento de desden tan amargo y profundo, que la esperanza y el temor fundados sobre esa base eran igualmente locos.

Tal vez á aquellas horas estuviesen ya fuera del palacio las hijas del tío Juan, y el grave Mr. Smith en busca de alguna nueva hurí.

Admitido una vez este caso probable, perdían las jóvenes las tres cuartas partes de su fuerza. No eran otra cosa que dos pobres niñas aisladas en Paris y mas fáciles de perder allí que en el mismo fondo de la Bretaña.

Hacia mucho tiempo que Roberto, gracias á la marquesa de Urgel, conocia la morada de los demás miembros de la familia Penhoel.

Lola, como ya lo hemos dicho, vivía á algunos pasos de la pobre casa en que René, la Señora y el tío Juan se morían en la mas completa miseria. Roberto conocia perfectamente su estado, y esto le prestaba un argumento perentorio.

En efecto, era manifiesto que á lo menos esa parte de la familia Penhoel escapaba á la acción del nabab; Penhoel, su mujer y el tío Juan estaban perdidos en ese agujero.

Lola y Roberto ignoraban que Diana y Elena habian habitado justamente la misma casa que los antiguos dueños de Penhoel. Desde su llegada á Paris salían las dos jóvenes por la mañana y no volvían á su casa hasta la noche; así pues, no las conocia nadie en el barrio.

Blas y Bibandier tenían en los talentos de Ro-

berto una confianza que su contratiempo de la víspera no habia bastado á quitar; por lo que hace á Lola, pertenecía á Roberto, que la habia formado y dirigido.

A pesar de las recriminaciones y quejas, el Americano permanecía el jefe de la cuadrilla y se esperaban sus palabras para saber con precision lo que era forzoso esperar ó temer.

Aun no se habia explicado y continuaba silenciosamente su paseo.

Cuando al fin se detuvo delante de la chimenea prestaron todos la mayor atención.

—Estamos locos, dijo en voz baja y como hablando consigo mismo; queremos andar haciendo los diplomáticos cuando el buen sentido hubiera debido aconsejarnos que era preciso terminar de una vez.... Estos medios salen bien á veces, pero exigen mucho tiempo, y apenas contamos con seis dias, de que es preciso descontar tres para viajes.

—¿Piensas aún en Penhoel? dijo Blas.

—¡Cómo qué! ¡sí pienso!... exclamó Roberto; ¡allí es donde hemos gastado nuestros mejores años!... aquel es el dominio conquistado por nuestro trabajo; se nos ha despojado, robado, vendido, y preguntas si pienso en volver á ver nuestra herencia!...

—Es que, murmuró Blas, nuestra posición desde ayer....

—Nuestra posición es mejor; vamos á perdernos

por tantas precauciones; el azar ó mi imprudencia, como queráis, ha precipitado las cosas y nos obliga á jugar el todo por el todo; así es como me gustan á mí los negocios... ¡con obstáculos!

Apoyóse en la chimenea con la espalda vuelta al fuego y las manos cruzadas sobre los bolsillos de su frac. Su cabeza pálida estaba erguida; sus miradas despedían fuego; hubiérase reconocido en él al audaz tunante que llegó á la posada de Redon marchando á la conquista de una fortuna sin otras armas que su audacia.

Blas y Bibandier conocían que iban recobrando el valor.

—Ayer, prosiguió el Americano, os burlásteis de mis cálculos algebraicos y teniais razon, hijos míos... Mi desquite ha hecho fiasco; el nabab es mas fuerte de lo que yo creia; tanto peor para él; en lugar de quedarse sin algunos miles de francos, se quedará sin toda su fortuna... lo que es mas lógico y mas franco.

Bibandier movió la cabeza.

—Cuando se trata de hablar... comenzó.

—Cállate, interrumpió el Americano; se te perdona el asunto de las muchachas... pero con la condicion de que desde ahora guardarás el respeto conveniente á los que valen mas que tú... Veamos, hijos míos; ¿hemos hecho ayer nuestro deber? El Zalamero conoce algo las vueltas del palacio.

—Así, así... replicó Blas; en cada puerta se encontraba uno de esos cipayos.

—Y tú, baron, ¿sabes la pista de los millones?

Bibandier respondió:

—Estaba allí esa endiablada mujer que se colgó de mi brazo, y que no lo hubiera soltado ni á cañonazos.

—¿Hablais de la caja de diamantes? preguntó Lola.

Todos se volvieron hácia ella, interrogándola con la vista.

—¿Sabéis?... comenzó Roberto.

—Sé, replicó la marquesa, que ordinariamente la lleva consigo... cuando así no sucede, está la caja bajo llave en un pequeño mueble de palo-santo, situado al pié de su cama.

—¿Y cómo se llega á su alcoba?

Lola tomó una hoja de papel blanco y un lápiz, y con cinco ó seis rayas trazó una especie de plano grosero figurando el primer piso del palacio de Montalt.

Nuestros tres caballeros se habian levantado y la rodeaban, siguiendo su trabajo con ávidas miradas.

Al acabar entreabrió un criado las puertas del salon.

—Una carta urgente para el señor caballero de Las Matas, dijo.

El Americano miró el sobre; no conocía la letra y tuvo que romper el lema.

A las primeras líneas leídas se sonrió, y luego su fisonomía espresó repentinamente la incertidumbre y la duda.

El billete estaba concebido en estos términos:

“Berry Montalt ofrece sus cumplimientos al señor caballero de Las Matas, y le suplica fije la hora de una cita hoy por la mañana.”

¿Era un lazo?

Roberto despidió al criado con un gesto y pasó la carta á Blas.

—¿Qué vas á hacer? preguntó éste.

—Yo, dijo Bibandier, no iría.

El Americano guardó silencio. Apoyó los codos en el mármol de la chimenea y escondió la cabeza entre las manos.

Al cabo de algunos minutos levantó los ojos hácia Lola, que habia recobrado su apariencia de frialdad indiferente.

—¿Está la habitacion bien guardada? preguntó siguiendo las líneas del plano.

—El palacio está lleno de criados, respondió Lola, y los dos negros son tan vigilantes como perros de guarda.

—¿Cuando sale el nabab, prosiguió el Americano, le acompañan los negros?

—Siempre.

Roberto se frotó la frente como un hombre que reflexiona profundamente.

—Puede hacerse, murmuró; he conocido los tiem-

pos en que el Zalamero era un muchacho determinado.

—Al menos será preciso saber... dijo éste.

—Ya hablaremos, compañero; habrá trabajo para todos, hasta para nuestra Lola, que estoy muy seguro no desecha de su memoria á Eduardo y Leon de Saint-Remy.

La marquesa, cuyas mejillas se habian reanimado un poco, se puso pálida al oír pronunciar esos dos nombres.

Estrujó las mangas de encaje que cubrian sus hermosos brazos y mostró dos marcas azules que rodeaban el nacimiento de su brazo.

Las ligaduras la habian herido cruelmente y su orgullo lo estaba mucho mas aún.

Brillaron sus ojos de una manera feroz y su boca sonrió amargamente.

—He aquí una manita, dijo Roberto, que vale ahora mucho mas que el ancho pié de Bibandier; como nuestra Lola tuviese una vez en su poder á Elena y Diana de Penhoel.....

—¿Creo que las mataría! interrumpió la marquesa con voz sorda.

Roberto se frotó las manos.

—El hecho es que os han tratado indignamente, prosiguió; ¡pero paciencia! ¡ya os las entregaremos atadas de piés y manos! ¡Ah! ¡vuelven á atacarnos otra vez! Para acabar con ciertos obstáculos es mejor Paris que Bretaña.